

canela. Beba usted, mi alma, le dijo á una compañera, vea usted qué horchata.

El corrillo de los pollos finos se habia animado tambien.

Ernestina miraba con desden los petates, Edmundo se burlaba de la multitud de imágenes de santos que habia colgadas en las paredes, y Arturo mantenía una acalorada discusion con Concha.

A poco rato la concurrencia fué retirándose: los pollos finos salieron haciendo un ligero movimiento de cabeza al pasar por la sala: el sastre empezó á apagar las velas, y el dia hasta aquel momento parecia haber terminado con felicidad; pero en el capítulo siguiente verá el lector que aquel viérnes fué efectivamente viérnes de Dolores.

CAPÍTULO VIII.

DE CÓMO UNA GALLINA VIEJA PUEDE HACER UN MAL GUISADO.

DE intento desistimos de pintar con pormenores la tumultuosa escena que tuvo lugar en la casa de Doña Lola cuando las visitas se hubieron retirado.

Aquello á que Doña Lola llamaba comerse el gallo, habia sido por parte de la madre de Concha, la reprobacion mas severa, mas cruel y mas impertinente que pueda darse.

Doña Lola fué un energúmeno, una furia, en el colmo de la indignacion y de la cólera.

Nosotros, en vez de copiar textualmente las palabras

de esta escena, vamos á entrar en cierto género de consideraciones.

Hay cierta edad en la que, el ser moral movido por las impresiones que lo rodean, se erije, por decirlo así, en sí mismo, se caracteriza modificándose y tomando su manera de ser.

En esa edad la razon viene, por lo general, á dar la sancion y la conformidad á las tendencias que se formaron bajo ciertas impresiones.

El muchacho indócil y terrible que llegó á esa edad, acostumbrado ya á una libertad absoluta de accion, al entrar su razon en ejercicio, esta lo induce con una parcialidad muy comprensible á sancionar sus actos reprobados.

El "por qué" de los hombres ha sido antes el "por que sí" de los niños.

No hay nada mas fusible ni que se preste mas á la modificacion que el ser moral del niño.

El primer amor del niño es el amor de sí mismo.

Es la época en que las madres exclaman, como si lo hubieran comprendido todo:

—¡Imprudente!

Es la época en que los niños hacen llorar á las madres.

Es la primera vez en que el niño comprende que se pertenece, sintiendo el primer destello de la individualidad.

Esta edad es un escalon de la vida, en el que se refleja la infancia con todos sus incidentes y circunstancias.

El niño amedrentado por las nodrizas con cuentos que le han conmovido, encuentra la razon de ser cobarde.

El consentido encuentra la razon de ser impertinente.

El que ha sentido una presion dominadora encuentra la razon de ser humilde y sufrido.

La razon, que es siempre una consecuencia, parte de las premisas, y estas premisas formadas desde la cuna hasta la pubertad, imprimen al hombre, por lo general, su posterior carácter.

La educacion del niño será una lucha mas ó menos difícil y penosa á medida que esté en mas ó menos contraposicion de las primeras impresiones.

Viene la juventud, y si esta no se apoya en las bases de una moral sólida, el hombre viene á ser solidario de las tendencias solapadas de la niñez y del descuido de la juventud; y el hombre entónces tiene que modificarse por medio de un esfuerzo supremo, ó soporta las consecuencias en grande escala de todos los pequeños descuidos de la infancia.

Quando la educacion tiene necesidad de empezar por corregir, en vez de ceñirse á guiar, hace lo que el jardinero que comienza á cultivar una planta silvestre viciada en su primera edad.

Todo esto nos induce á prescribir la educacion desde la cuna, para que la de la segunda edad tenga una base y la de la juventud un resultado seguro.

Hé aquí por qué censuramos á las madres que guiadas por una ternura irracional é injustificable, son, no la guia,

no el jardinero que cultiva la plantita tierna, favoreciendo su desarrollo, sino la esclava de irracionales caprichos, puesta á merced de tiranuelos en pañales, de déspotas en larva.

Y no se diga que nos desentendemos de esa ternura sublime del amor maternal, ni se nos tache de ser incompatibles para comprender ese sentimiento purísimo que enjendra la abnegacion mas heróica y es origen de los mas espontáneos sacrificios, no; pero queremos que la razon que es luz y fuerza, que es poder y derecho, sea el móvil de la educacion y la norma del cariño.

Reproducirse, ver nacer un niño débil, tierno, desvalido, inútil para sí mismo, cuyo ser moral es todavía una promesa, cuyo espíritu es una penumbra, cuya existencia es casi un milagro, cuya cuna es casi un sepulcro; escuchar su primer vagido, aspirar su primer aliento, recoger su primera mirada sin luz, su primera sonrisa incoherente, detener con ambas manos las mil contrariedades, las mil acechanzas de ese fantasma enemigo de las madres que diezma niños; y sorprender, con esa atencion peculiar del que vela por otro, el primer destello de inteligencia, crepúsculo de un sol que puede mañana iluminar el mundo; sentir la palpitacion de un corazoncito capaz mas tarde de abrigar ódios y pasiones, vicios y virtudes; tocar una frente donde podrá residir un pensamiento inmortal; ver todo esto, esperar todo esto, y durante cuatro años desentenderse del espíritu y criar un niño como se cria un pájaro, es desperdiciar los primeros materiales,

es dejar enfriar la cera sin imprimir el sello, para grabar despues con mas trabajo, es podar lo que no debió haber nacido.

El animal emplea escrupulosamente todos los recursos de la prerogativa de su instinto, se consagra á la cria con un afan indiscutible, con una asiduidad perfecta, irreprochable.

Pero por una anomalía, que es la primera de las calamidades humanas, el ser racional discute la inmutable ley natural, la modifica y la tuerce, y lo que es mas, se desentiende, ciego por un cariño que tiene mas de instinto que de razon, del tesoro sagrado de la inteligencia naciente.

¡Benditas sean las madres cuyo amor es iluminado por la razon, y que comprendiendo que en el hijo, fruto precioso, hay en depósito y en gérmen un ser moral modificable, lo estudian porque piensan, lo guian porque saben y lo aman porque sienten!

¡Madres, besad á vuestros hijos en la frentel Proteged el desarrollo de la razon con vuestra inteligencia desde el primer destello, como protegéis el desarrollo del cuerpo con vuestros pechos desde el primer vagido, y tendreis buenos hijos!

.....
 Esto que acabamos de escribir era, habia sido y seguirá siendo para Doña Lola lo que en el mundo se llama "música celestial."

Doña Lola tuvo la incuria por cuna, y una madre que en materia de educacion exclamaba:

—¡Yo soy como Dios me ha hecho!

Lo mismo decia Doña Lola; de manera que cuando estuvo en aptitud para pensar, no sabia qué pensar; dejó que Concha fuera tambien como Dios la habia hecho, y hoy se encontraba frente á una hechura que la sorprendia, frente á un ser moral débil y puesto á merced de sus pasiones incorregibles, frente á una planta que habia crecido ya con las lesiones del embrion descuidado.

Doña Lola vió á su hija bonita.

Esto no servia mas que para aumentar su celo, y el celo, que es siempre una pasion mezquina, es en la persona inculta el furor y el ódio.

Doña Lola veía á su hija bien vestida y elegante, y sentia el despecho de la emancipacion espontánea.

Doña Lola vió á su hija enamorada, y sintió algo parecido al reproche, sintió la desazon de lo irremediable.

Este conjunto de disgustos era la cosecha que la madre recogia, y algo muy severo la reprendia en el fondo de su conciencia hasta atormentarla.

Este tormento inexplicable para Doña Lola, inarticulado y profundo, estalló brutalmente, y Doña Lola, perdiendo el equilibrio y la moderacion, prorumpió en improperios, en denuestos y en insultos.

Nótese que las madres que quieren recobrar una autoridad perdida y desprestigiada por culpa propia, son las mas cruelmente intolerantes é injustas.

El inestimable título de madre no lo es solamente por razon de serlo: ese título se consagra por medio de ese incontable número de sacrificios y de ese estudio prolijo, concienzudo y delicado del depósito moral confiado por Dios á la criatura racional para que un dia dé cuenta de su desarrollo.

Sin esta base un dia se encuentra la madre delante de su hija exclamando:

—¡Te desconozco!

Y las mas veces sucede que la madre es la que no se ha conocido nunca á sí misma.

A medida que hay menos cultura y educacion en las madres, hay mayor número de esos actos que podriamos llamar abusos de autoridad.

Ya se irá comprendiendo la ira de Doña Lola.

En aquella ira habia varios ingredientes.

El primero, el reproche de la conciencia de Doña Lola, reproche que ella procuraba ocultarse á sí misma, sustituyendo la cólera y la palabrería á la razon: habia ademas injusticia, habia ignorancia, habia insensatez.

Concha, por su parte, al encontrarse delante de un ser que la repudiaba, que la maldecia, que rechazaba el razonamiento y la disculpa, sintió que el vínculo sagrado del amor filial se ahogaba en una atmósfera de rencor y de encono.

Medía cara á cara la tremenda injusticia con que se la vituperaba, y la ternura era impotente contra la cólera, la razon impotente contra la ceguedad.

Las primeras palabras que Concha pronunció en su defensa fueron cortadas por el dolor de una bofetada.

Concha miró un universo de chispas rojas.

Luego se sintió asida por los cabellos y arrojada en tierra.

Doña Lola, hecha una furia, había arremetido contra Concha, que yacía á sus pies empapada en lágrimas y en amargura.

Don José de la Luz apareció en la puerta al ruido de la bofetada.

La criada Soledad había estado espiando por las rendijas de la ventana las escenas que acababan de pasar, y al ver á Concha caída arrojó un grito, quiso tocar, pensó en pedir socorro y en armar un escándalo, pero pensó también en Arturo, y bajó la escalera, descolgó la llave de un clavo que había en la puerta de la casera y salió á la calle.

Doña Lola fué presa de un ataque de bÍlis, acompañando cada uno de sus dolores con feroces denuestos, que la pluma se resiste á escribir.

Don José de la Luz entretanto entró como por asalto al terreno vedado.

Las situaciones de término medio buscan una explosión.

Don José tenía algo de alegre en aquellos momentos. Se habían reunido tantos motivos de excitación, aquel día había sido tan fecundo en episodios, que el desenlace le parecía propicio al bueno del compadre.

Tuvo ocasión de mimar á Doña Lola enferma.

Hubo una oportunidad para consolarla, lo cual es por otra parte una misión honesta y buena.

Don José estuvo expansivo, casi tierno al ver sufrir á Doña Lola.

Concha había permanecido anonadada; pero al fin se levantó y miró en torno suyo, dió algunos pasos y clavó en seguida la vista en el geranio que se había desprendido de sus cabellos.

Sentía un ardor horrible en la mejilla, pero no quería tocársela; le parecía que en aquel lugar estaba manifiesta y abierta la herida que estaba lacerando su alma.

Miró la flor, y su imaginación recorrió su pasado con una rapidez calenturienta, pensó en su padre que tal vez no volvería, en sus amigas que tal vez no la ampararían, y pensó en Arturo estremeciéndose.....

—¡Sol! murmuró, cuando un ardor febril había evaporado sus lágrimas.

Los tiernos vínculos de la familia se le aparecían rotos por una mano cruel, ó representados por un dolor físico, por el dolor de su tierna mejilla que se comunicaba como una corriente de fuego hasta su corazón.

Concha media de un golpe la tremenda injusticia con que la había tratado; resonaban en sus oídos, como las vibraciones de una campana siniestra, las horribles palabras con que Doña Lola había procurado herirla y humillarla, y sentía acrecer por momentos su desolación y su infortunio: ¿qué hacer? ¿á dónde volvería sus ojos? estaba rodeada en aquella casa de personas que la querían mal

desde que ella había procurado salir de su esfera humilde, había vecinas que ya la habían vituperado.

—Decididamente estoy sola en el mundo: ¿por qué he perdido el cariño de mi madre? ¿por qué desde que mi padre está ausente no he vuelto á recibir ninguna caricia? ¿qué falta he cometido, Dios mío! decía Concha juntando las manos y buscando una luz en su tribulación.

—Arturo..... pensaba, Arturo dice que me ama, pero..... tengo miedo á ese amor. ¿Será acaso la infamia y el crimen lo que me ofrece? pero á pesar de todo le amo, yo sí que le amo de veras. Arturo no se casará conmigo, no, yo no debo ver á Arturo, y menos ahora porque.....

Y Concha se estremecía contemplando un negro abismo á sus piés.

—¡Dios mío, Dios mío! dame fuerzas, ilumina mi razón, ¿qué haré? ¿qué debo hacer? yo no quiero ser mala, el crimen me horroriza, me dá vergüenza pensar en ser infame.

Y Concha ocultó su rostro entre las manos. Un débil quejido de Doña Lola la sacó de su profunda meditacion.

—¡Mi madre sufre también!..... de todos modos es mi madre..... aunque haya proferido maldiciones, aunque me haya dicho..... que salga de aquí..... Tal vez se haya arrepentido.

Dió un paso hácia la pieza en donde estaban doña Lola y Don José de la Luz, de quien ya Concha no se acordaba.

—Sí, continuó, se habrá arrepentido. Iré? Sí, la pediré perdon, me hincaré para suplicarle que me castigue, pero que me quiera y no me vuelva á maldecir..... ¡Ay! la maldicion de una madre!..... ¡qué horrible es escuchar esas palabras!..... pero, ¿será posible? No, no, si me ha querido tanto.....

Y al llegar aquí, parecia que Concha no tenia toda la evidencia de lo que acababa de decir, y continuó.

—Algunas veces..... sí..... algunas veces me ha querido mucho. Voy á pedirla que me perdone. Sí, esto es lo que debo hacer.

Concha se precipitó á la puerta y la abrió; iba á dar un paso hácia adelante, cuando su semblante se descompuso, como si hubiera visto á la muerte; vagó en sus labios una sonrisa como la expresion de la amargura suprema. Se restregó los ojos, como creyendo no ser cierto lo que veia.....

—¿Quién es ese hombre, dijo, como entrando en el delirio..... ese hombre que está á sus piés?.....

—¡Ah!.....con razon ya no me ama mi madre!

.....

Sintió un nudo en la garganta, porque la ahogaban sus lágrimas, y parecia próxima á asfixiarse en aquella atmósfera, un grito iba á escaparse de su boca, pero le faltó el aire, sentia morirse..... Volvió el rostro para no ver mas el cuadro que tenia delante, y atravesó vacilante las piezas de la casa, salió al corredor y al sentir el

aire frío, se escapó, por fin de su pecho, ya no un grito, ni un suspiro, sino un gemido sordo y estertoroso.

Jiró el mundo al rededor de su cabeza; buscó en vano un apoyo, y cayó como un cadáver.

CAPÍTULO IX.

LOS POLLOS HACEN DE LAS SUYAS.

SOLEIDAD salió corriendo de la casa, y apenas hubo andado el largo de la calle, [moderó su marcha y empezó á entrar en cuentas consigo misma.

—Sí, que venga el niño Arturo, decía, él sacará á Conchita de este apuro. ¡Dizque llegar á pegarle! ¿esto no se puede aguantar! ¡y todo por el Don José de la Luz, por ese taimado del compadre! Sí, que venga el niño Arturo. En esta vez se la lleva y yo me voy también. Ahora sí compraré unos botines.

Soledad no tardó mucho en encontrar á Arturo. Estaba en Fulcheri.